

rogaba á Dios por aquellos desgraciados cuyos lamentos y gemidos llegaban hasta él.

Poco á poco cesaron los sollozos y suspiros, tomando todos asiento en torno de la mesita ántes mencionada: la reina á la izquierda de su marido; á la derecha madama Isabel; enfrente, María Teresa y entre sus rodillas el delfín, que no dejaba de mirar á la cara de su padre con tamaños ojos abiertos y sonrisa melancólica.

Luis fué el primero á hablar. Refirió todos los trámites sumarísimos del proceso y los débiles cargos en que se apoyaron los jueces para condenarle. Durante esta relacion no se le escapó una queja ni una palabra dura contra aquellos, usando siempre las expresiones,—pobres, desaconsejadas gentes. Exigió él de su familia que los perdonasen y solo le contestaron con sollozos, lágrimas, abrazos y besos.

Después reinó solemne silencio. La causa era que el rey en pie, con el brazo derecho extendido y los ojos vueltos al cielo, bendecía á su esposa, hijos y hermana, los cuales arrodillados en torno suyo le tenían estrechamente abrazado por las piernas.

En seguida rogó Luis á su familia que se levantara y los volvió á abrazar y besar á todos. Y dijo, á la reina, que en medio de sus sollozos se permitió algunos desahogos contra sus enemigos.

—Los he perdonado, María. He escrito mi testamento. En él perdono ante todo á mis enemigos, y espero que tú también los perdones. Prométeme pues, querida María, que no pensarás nunca en vengar mi muerte.

—No espero estar jamás en capacidad de vengarme; contestó ella con tristeza. Pero si alguna vez estuviere en mi mano, cuenta con que no tomaré venganza de tamaña atrocidad.

—Gracias, María, continuó el rey besándola en la frente. Sé que vosotros todos respetareis mi última voluntad y que grabareis mis palabras en vuestros corazones. Pero tú, hijo mío, agregó sentándose y tomando en sus rodillas al delfín, tú es fácil que olvides porque eres niño todavía. Has oído lo que acabo de decir, pero como el juramento es mas sagrado que la palabra, haz la cruz y júrame que cumplirás con mis deseos y perdonarás á todos nuestros enemigos.

—Te juro, que perdonaré á todos nuestros enemigos y que no haré el menor daño á los que van á matar á mi queridísimo papa.

Esto dijo el niño todo conmovido mas con vehemencia, en voz clara y distinta, de manera que los empleados de la prision que se hallaban en el cuarto inmediato pudieron oírlo, estremeciéndose tanto por las palabras, como por la solemnidad con que las pronunció. Porque no creyeron sino que oían la voz de un ángel, único ser capaz de tanta generosidad como mansedumbre.

Después de otro largo rato de silencio, de llanto y de profundos suspiros, el rey rogó á su mujer, hijos y hermana que se retirasen á sus habitaciones y le dejasen solo, pues deseaba descansar y recapacitar.

No ménos dolorosa fué esta separacion que el encuentro. Clery abrió la puerta vidriera. La reina aferrada al brazo derecho del rey, y entre ambos llevando al delfín; Teresa rodeando á su padre por la cintura é Isabel apretán-

dole la mano izquierda; aquel grupo triste se encaminó á la puerta dando gritos y lamentos que partían el alma.

—Les prometo, dijo Luis, volver á verlos mañana por la mañana á las ocho.

—¿A las ocho? repitió la reina asustada. ¿Por qué no á las siete?

—Bien, sea á las siete; repuso el rey con amabilidad. Entre tanto, adios! adios!

El tono profundo de tristeza con que pronunció estas últimas palabras fué nuevo motivo de llanto para la familia. La hija en un desmayo se cayó á los pies de su padre, levantándola Clery con ayuda de la infanta Isabel.

—Papa, querido papa mío, gritó el delfín, nosotros queremos quedarnos contigo.

Entretanto la reina, callada, pálida y con los grandes ojos fijos en su marido, no parecía sino que buscaba grabar su imagen en su corazón amante.

—Adios! adios! repitió el rey casi echando los fuera. Volvió la espalda y de prisa se metió en el aposento inmediato al comedor.

La reina, los niños, destinados á una hermandad temprana, la infanta Isabel, se abrazaron y cual si no fuera mas que una persona, prorrumpieron en un gran grito de agonía.

—Adelante! dijo uno de los funcionarios de la cárcel empujando bruscamente al grupo de mujeres y niños. La familia de Capeto gasta demasiadas candelinas.

Enderezóse Maria Antonieta al oírlo, le echó una mirada abrasante y en voz colérica, dijo:—“Vosotros todos sois verdugos y traidores.”

Habiase recogido el rey á meditar en su gabinete, donde ya le aguardaba el abad Edgeworth de Firnoat, para prepararle á bien morir y confortarle con las promesas de la otra vida. En efecto, con él pasó la noche. A la mañana siguiente muy temprano, dijo la misa en un altar erigido allí provisionalmente, confesándose y comulgando el rey con mucha devoción.

—Como debo levantarme tan temprano, (las autoridades habian dispuesto se verificara la ejecucion á las siete de la mañana) dijo Luis á Clery, es preciso que me acueste temprano. Este dia ha sido de pruebas para mí y necesito descansar, para tener fuerzas mañana.

Desnudado por el criado, se acostó y á la siguiente mañana á las cinco cuando vino á vestirlo, todavía dormía profundamente. Debía soñar agradablemente, porque se sonreía.

Vestido el rey, se confesó y comulgó, usándose como patena un vaso sagrado que se trajo de la iglesia cercana del Marais. El altar lo hizo Clery de una cómoda vieja, á cada lado del cáliz puso dos candeleros ordinarios, y en ellos velas de sebo en vez de cera. Ante ese altar improvisado se arrodilló Luis XVI, elevó á Dios sus pensamientos y sus oraciones, conservando siempre la calma y la mansedumbre de su buena índole.

El abad dijo la misa, que ayudó Clery como sacristan, y mientras el rey recibía los sacramentos, empezaron á resonar las trompetas y los tambores, los cuales despertaron á la ciudad y dijeron á sus habitantes, que el rey de Francia iba á ser guillotinado. Luego la artillería rodó por las calles, la Guardia nacional de a pie y de á caballo, formó en toda la carrera desde el Temple á la plaza de la Concordia

De un lado y otro de la calle, de cuatro en fondo, se tendió la tropa, armada de picas y fusiles, de modo que cerraba el paso á todo el que intentase penetrar en el centro con la idea de favorecer al rey.

Las ventanas estaban cerradas y las cortinas corriaas de las casas por donde pasó la procesion. Pero es muy probable, que detras de esas ventanas y cortinas habia mas de una persona de ambos sexos arrodillada en oracion ferviente por el hombre desgraciado que marchaba al cadalso y habia sido no há mucho, el rey de Francia.

En toda la carrera solo hubo un tumulto, armado por dos jóvenes atolondrados, con intencion, sin duda, de ver si en el desorden se podia facilitar la escapatoria del rey. Pero pagaron con la vida su temeridad. Viéndose perdidos, pues que nadie contestó á su llamamiento, huyeron y trataron de refugiarse en una casa cercana forzando la puerta. Allí los alcanzó el pueblo y los hizo pedazos.

Continuó su marcha el carruaje, por en medio de un mar de seres humanos. Desde el principio hasta el fin Luis conservó una imparcialidad admirable. No levantó una vez siquiera los ojos del libro de oraciones que llevaba en la mano, ni prestó atencion sino á las palabras de consuelo que le dirigió su confesor en el tránsito.

Habiendo hecho alto el cochero al frente del cadalso Luis se desmontó del carruaje, en compania de abad. Se quitó por sí mismo la casaca y entonces se aproximó uno de los ayudantes del verdugo para cortar el pelo y despejarle el cuello. A esto se prestó con blandura; pero cuando trataron de atarle las manos, se llenó de indignacion y se resistió por el largo rato de erminadamente. A vista de aquel desorden Samson, que aguardaba en el tablado, bajó la escalera y poniéndose delante del rey le dijo:

—Sire, con este pañuelo, con cordeles no. Ya se sorprendiese de oírse llamar Sire, cosa que no sucedía de largo tiempo atras, ya le impresionase del tono de respeto y compasion visibles en el semblante del verdugo, lo cierto es que alargó ambas manos y dejó que se las ataran fuertemente.

—Solo el recuerdo de nuestro Salvador y de lo que padeció por nosotros, me da fuerzas para sufrir esta nueva degradacion; dijo Luis con los ojos azados al cielo y la expresion del dolor mas intenso impresa en el semblante.

Entonces ayudado del abad y de Samson, ascendió la escalera del patibulo con paso bastante firme y seguro. Apenas apareció él en el tablado, empezaron á batir los tambores; pero el rey adelantándose hasta el mismo borde, en voz imperiosa ordenó silencio y le obedecieron como por magia.

—“Franceses, exclamó en voz entera que se oyó hasta en los lugares mas distantes de la plaza, muero inocente, perdono á mis enemigos; deseo que mi muerte...”

Aquí Santerre hizo tocar de nuevo los tambores, se anoderaron los verdugos del rey y le inclinaron delante del tajo. El padre tambien se inclinó y le dijo algunas palabras que solo Dios oyó, mas que la tradicion llena de admiracion y simpatía ha transformado en la fórmula eterna y popular que es mas verda-

dera que la verdad y mas histórica que la historia:—“Hijo de San Luis, subió al cielo.”

Entonces brilló algo en el aire, se oyó un golpe sordo y pesado, y saltó la sangre. Habia muerto el rey de Francia. El verdugo Samson agarró la cabeza por los cabellos del coronal y la mostró al pueblo.

Seguíose un instante de espantoso silencio y luego el populacho rompió en tropel por entre las filas de soldados y se precipitó al cadalso para recoger una memoria cualquiera de aquel suceso extraordinario. Espadas, lanzas y pañuelos al momento se empaparon en aquella sangre hecha preciosa por el martirio, mientras que en todo París resonaba el grito de:—Viva la república, viva la nacion!

Los vestidos del rey fueron rasgados y los girones distribuidos. Por un mechón de cabellos salpicado de sangre hubo quien dió oro á los verdugos. Un Inglés dió quince lises á un muchacho porque mojara su pañuelo en la sangre que caía del cadalso. Otro compró en treinta la peluca del rey. Estos pormenores están tomados del *Vossische Zeitung*, que en su edicion del 5 de febrero de 1793, contiene una relacion detallada de la ejecucion del rey Luis XVI.

Por la noche del mismo dia, impresionado el verdugo Samson por aquella terrible ejecucion, se dirigió á un padre, le pagó para que di era misas por el reposo del alma del rey, é hizo dimision del oficio, se retiró á la soledad y murió seis meses después. Sucedióle su hijo, á la sazón mozo de catorce á quince años, que acompañaba á su padre por aquel tiempo á todas las ejecuciones y que hasta 1840 continuó en hacer que se dijeran misas, como aquel habia dispuesto.

El dia que se siguió al terrible 21 de enero, suplicó la vuda de Capeto á las autoridades municipales le facilitaran traje de luto, de la clase mas comun, para ella, sus hijos y su criada.

Fuó la república la magnanimidad de satisfacer esta humilde peticion.

## CAPÍTULO XXI.

### EL FIEL TOULAN.

Está de nuevo de guardia el ciudadano Toulan y al presente con su amigo Lepitre. Es republicano tan decidido y puro, ciudadano tan celoso, que la república reposa en él entera confianza, nombrándole presidente de la junta encargada de los bienes de los emigrados. Toulan, además, es miembro de la Convencion y no fué culpa suya si no tomó parte en los debates sobre el proceso del rey, porque se hallaba á la sazón en una de las provincias, para tomar posesion de los bienes de un aristócrata que se habia expatriado.

A haber estado en París, habria dado su voto naturalmente á favor de la ejecucion del rey. Esto al ménos decia él á todos á boca llena, do quiera que se paraba, y le creian implicitamente, porque era ultra republicano, mas que esto todavía, descamado furioso, que para no dejar duda, vestía del modo mas estrafalario del mundo. Era además de eso, secuz decidido de Marat, entusiasta admirador del zapatero Simon, quien pasaba ratos deliciosos siempre que Toulan entraba de guardia en el Temple,

siendo como era el descamisado mas chistoso y desvergonzado de cuantos se ponian el gorro.

Subian de punto la alegría y el humor de todos, cuando á Toulan acompañaba su amigo Lepitre. Entonces representaban farsas que hacian destornillar de risa al maestro Simon y hasta excitaban encomios de parte del carcereiro Tison y de suavinizada esposa, los cuales por ver los farsantes, como que descuidaban la vigilancia de los presos.

—Son dias soberanos aquellos en que Vds. están en el Temple, decia Simon, y así es que no deben quejarse si hago que entren Vds. á menudo de guardia.

—¡Ca! replicaba Toulan. No nos quejamos, por el contrario, celebramos la ocasion que nos reune, porque V. tambien ciudadano Simon, es un mozo completo.

—Demas de eso, agregaba Lepitre, es un gusto ver los aires que se da la loba con sus cachorros y abatirle un tanto el orgullo. Cuando esa gente vivia en Versailles, tantas veces nos hicieron el fo, y nos echaron polvo á los ojos. Tiempo es de probarles que ellas no son para nosotros otra cosa que polvo.

—Sí, repetia Toulan, tiempo sobrado es de que lo sepan.

—Y Vds. dos se pintan solos para dárselo á entender! decia riendo Simon. Noto que á la reina se le achicharra la sangre cada vez que los ciudadanos Toulan y Lepitre entran de guardia. Por eso tambien me alegre de traerlos á Vds. aquí.

—Me ha ocurrido hoy una buena jugarreta; dijo Toulan. Se me ha puesto enseñar la viuda á fumar. Sabe el ciudadano Simon, que ella finge siempre no poder tolerar el humo del tabaco. Pues la enseñaré á soportarlo. Le daré un cigarro de papel y le diré que si no quiere que fumemos nosotros en su presencia, es preciso que ella fume. ¿Qué les parece?

—Me parece magnifico! dijo Simon.

—Pero hay que tener en cuenta una cosa; dijo Lepitre meditabundo. Puede suceder que la viuda de Capeto prometa fumar, si le decimos que no fumarémos nosotros nunca mas delante de ella. Le diremos cuanto se quiera, no le cumpliremos la palabra, por supuesto.

—¿Cómo es eso? exclamó Toulan asombrado. Republicanos, y mas que republicanos, descamisados, ¿dicen una cosa y no cumplen su palabra? Pues qué diferencia hay de los malditos aristócratas que jamas cumplen su palabra con el pueblo? Nos rebajaremos nosotros hasta ese punto? Pregúntale á nuestro noble amigo el ciudadano Simon. Verás como te dice que los hombres libres cumplen su palabra empeñada aun á las mujeres presas.

—Cierto que sí, repuso Simon con aire de dignidad. Juré que el rey perdería la cabeza y lo cumplí. He prometido que esta loba será ahorcada y espero cumplir mi palabra. Y si le cumplo mi palabra en lo que es malo, debo cumplírsela en lo que es bueno. Todo lo que promete un republicano debe cumplirlo, aunque le vaya en ello la nuez.

—¡Bravo, ciudadano Simon! Así me gusta que sean los descamisados. Venga esa mano, hombre eminente y sabio. Estoy en mis trece, la ex-reina ha de fumar. Mas con una condicion, que si logro que fume, nosotros no volveremos á fumar en su presencia.

—Convenido, dijo Simon. Yo mismo pondré un cartel en la antesala de la loba:—Aquí no se fuma.

—Bueno! Gritó Toulan frotándose las manos. Eso es digno de un grande hombre.

—Subamos, pues, añadió Simon. Los otros dos centinelas están ya arriba. Se sorprenderán de que vengan Vds. tan tarde. Vamos. Subamos. Quiero ver la broma. Esperen. Me ocurre una cosa. Se ha dicho que no se necesita tanta gente para vigilar á los Capetos. Efectivamente no parece sino que el gobierno tiene miedo de estas llorosas mujeres y de este monito. La guardia debe reducirse á dos.

—Por supuesto, apoyó Toulan. ¿Qué necesidad hay de tantos hombres como se condenan á la ociosidad y al fastidio? Nosotros no hemos de estar bromeando siempre, ni es tan poco agradable pasarse el dia mirando á las caras largas de esas gentes.

—Así, cree el ciudadano Simon que dos centinelas bastan; observó Lepitre. Dos, sin embargo, me parecen muy pocos, porque ¿y si se los gana la viuda y logra que la ayuden á fugarse?

—¿Fugarse? repitió Simon terciándose el gorro colorado. Imposible, mucho menos del modo que dice el ciudadano Lepitre. La viuda no me traga y yo no la pierdo de vista á ella y á su cria. Nadie baja la escalera sin que yo le oiga ó vea, porque mis cuartos están al pié de esta y mi puerta siempre abierta, de ellos no me alejo nunca; ademas de que Ricard vigila como un Cervero la puerta que conduce al patio. Luego hay los tres centinelas de las puertas por donde se va del patio interior al exterior y los otros cuatro de las puertas que abren al jardin del frente. Para escaparse era preciso que la tal viuda hiciese uso de magia ó de alas para volar.

—Vamos, dijo Toulan subiéndole la escalera, eso se llama hablar como la gente.

—Y eso tambien disipa mis dudas, agregó el amigo Lepitre. Se me figura que dos guardas bastarian. Imposible parece que se escape. Al menos mientras el ciudadano Simon sea el que vigile, no es creible que la loba se transforme en águila.

—Así es, exclamó el zapatero riendo. Aquí está la puerta: entremos.

Abrió la puerta con estrépito y entró seguido de los dos jóvenes camaradas suyos. En medio del cuarto se hallaban sentados dos funcionarios de la municipalidad en torno de una mesa, jugando á los naipes. Por la puerta interior abierta podía verse la sala de la familia de Capeto. La reina se hallaba sentada en un divan detras de la mesa redonda vestida de luto, con papalina negra en su cabeza canosa.

Estaba ocupada en dictarle al delfin de un libro que tenia en las manos, mientras el niño, tambien vestido de luto, con un crespon atado al brazo izquierdo, y sentado á su lado en una silla, copiaba lo dictado en un cuaderno sobre la mesa. En esto tenia él concentrada su atencion y sin duda se esforzaba por escribir bien, porque estaban encendidas sus mejillas.

Al lado opuesto de la reina estaba sentada madama Isabel, y junto á esta la princesa María Teresa; ambas muy ocupadas en costuras de mujer.

Ninguno del grupo pareció notar la apertura

estrepitosa de la puerta que daba al corredor, ni la aparicion de los tres recién venidos, pues no levantaron la cabeza de su respectiva ocupacion, ni dirigieron una mirada siquiera hácia la antesala.

Pero eso no agradó á Toulan, quien á nada menos aspiraba que á atraer la atencion de la loba. Se encaminó derecho á la puerta de la sala, pisando con fuerza y en ademán de enfado, y en el quicio hizo un saludo muy profundo, sobre todo muy cómico, de manera que Simon no pudo menos de dar una carcajada.

—Madama, dijo el joven, tengo el imponderable honor de saludar á vuestra señoría.

—Este es un tuno redomado! exclamó Simon.

No dispuesto quizás por entonces á la burla Lepitre, se dirigió á la ventana y se puso de espaldas para la sala. Nadie reparó en él, ni le vió sacar un lio pequeño del bolsillo de la casaca y deslizarlo despacio y con cuidado detras de la caja de madera que habia al pié de la ventana.

—Madama, replicó Toulan en mas alto tono, se me figura que vuestra señoría no ha oido mi salutación.

—La oí, señor, contestó la reina alzando poco á poco los ojos y mirando al intruso todavía de pié en el quicio. Escribe, hijo; continuó dictándole al delfin.

—Tanto me complace saber que me ha oido madama Veto, que no puedo menos de celebrar el hecho con fuegos artificiales; añadió Toulan sacando un cigarro. Veis, amigos míos, que aunque descamisado, soy un cortesano de primer orden. En presencia de hermosas damas no fumo sino cigarros. Ola! camaradas. Fuego.

En silencio uno de los municipales le alcanzó su larga pipa. Encendió Toulan el cigarro y arrojó á la sala bocanada tras bocanada de humo sofocante.

Las señoras continuaron en sus puestos, calladas y tranquilas. Escribia el delfin y la reina le dictaba, interrumpiendo esta ocupacion solo para toser ó limpiarse las lágrimas que el humo de tabaco amañaba á sus ojos.

—No parece que mis fuegos de artificio divierten á madama; dijo Toulan que seguia todos sus movimientos con aire de complacencia. ¿No quiere fumar, madama?

—Esta no contestó, ni levantó la vista del libro.

—Madama, agregó Toulan siempre risueño, me alegraria fumar con vuestra señoría el calumé de paz, como hacen nuestros hermanos bronceados de la feliz y libre América. Vamos, hagame el honor vuestra gracia de fumar conmigo la pipa de paz.

—Sois un desvergonzado! exclamó la reina despidiendo sus ojos, fijos entonces en el joven, un rayo de ira.

—Hé ahí, lo que yo entiendo por insultar, dijo Simon.

—Al contrario, observó Toulan, eso me delicia. Porque seria delicioso que despues de todo ella fumase, y le juro que fumará.

Avanzó algunos pasos é hizo una reverencia mas profunda que la primera, pues casi se dobló en dos.

—Entiende las maneras cortesanas, dijo Si-

mon al ver su accion, como si fuese un pícaro cortesano. Vaya que es chistoso.

A la entrada de Toulan, se levantaron las dos princesas y dejaron su labor; en cuyo acto se le cayó á una de ellas una bola de hilo negro, la cual fué rodando por el suelo hasta los mismos piés del joven intruso.

La levantó él, saludó á las princesas y dijo: —¿Me será permitido considerar este globito como un recuerdo del favor de las señoras mas amorosas de Francia? Oh! sí, veo por vuestros picarescos ojitos que sí puedo conservarlo; concluyó diciendo el joven Toulan á tiempo que besaba la bola de hilo y se la echaba en el bolsillo de la casaca.

—Ni un cómico lo hace mejor; dijo el zapatero riendo.

—Entren en la alcoba; dijo María Antonieta hablando con las princesas. Basta que yo vea estas indignidades. Ve, tú, hijo mio, tambien con tu tia.

Este se levantó, besó la mano de su madre y siguió los pasos de su tia y hermana.

—Querida tia, preguntó el delfin á madama Isabel no bien estuvieron los tres en la alcoba, ¿es este mal hombre el amigo que...?

—Calla! replicó la tia asustada. Calla! Mira que escucha tu mujer Tison.

Efectivamente, esta arpa se hallaba á la sazón en la puerta de cristal que separaba la alcoba del corredor.

Luego que las princesas y el niño se retiraron Toulan se acercó mas á la reina, sacó un cigarro y se lo alargó, diciendo:

—Tomadle, madama, y hágame el honor de fumar á duo conmigo.

—No fumo, señor, contestó la reina con frialdad y calma. Os ruego os retiréis á la antesala. La Convencion, segun entiendo, no ha dispuesto que los oficiales de guardia penetren en mi sala.

—La Convencion no lo ha dispuesto, ni lo ha prohibido tampoco. Así me quedo.

Tomó una silla, sentóse en medio de la sala, cruzó las piernas, echó atras la cabeza y arrojó bocanadas espesas de humo, que llenaron de gusto á Simon y obligaron á toser violentamente á la infeliz María Antonieta.

—No seria tan sensible al humo del tabaco madama Capeto, si fumase conmigo un cigarro. Os ruego de nuevo que tomeis este.

—No fumo, repitió la reina con calma.

—Os equivocais madama, vos fumais.

—¡Maldito! dijo Simon. ¿Esa sí que está buena!

—Voy á probaros, que vos fumais. Madama, si fumais conmigo un cigarro, le juro á fuer de republicano y descamisado, que ni mis hermanos ni yo volveremos á fumar aquí.

—No os creo, dijo la reina.

—No me creis? Me creeriais si os lo repitiese el ciudadano Simon?

—Sí, contestó la reina fijando sus grandes ojos en la persona mencionada. Creeré en vuestra promesa si el ciudadano Simon la confirma, porque él es hombre de palabra.

—¡Ah! exclamó entonces Lepitre. Bien se ve que la Austriaca conoce á nuestro noble hermano Simon.

—Sí, verdaderamente, así parece; dijo este no poco pagado del cumplimento. Bien, doy mi palabra de honor á la viuda Capeto, como

buen republicano y descamisado, que si ella hace el favor á mi amigo Toulan de fumar con él una pipa de paz, nadie volverá á fumar en la antesala.

—Está bien, dijo la reina haciendo una inclinación de cabeza. Luego dirigiéndose á Toulan agregó: Señor...

—¿Qué es eso de señor? la interrumpió el zapatero. Aquí no hay señores, sino ciudadanos.

—Ciudadano Toulan, dijo la reina cambiando de tono, dame el cigarro, veo que me equivoco, yo fumo.

Simon se destornilló de risa, mucho mas cuando el joven se arrodilló delante de la reina, como hacen los cómicos en el teatro, y le alargó el cigarro. Pero él no vió la mirada suplicatoria que Toulan dirigió á María Antonieta, ni las lágrimas que asomaron á sus ojos, ni oyó las gracias que ella le dió en medio del ruido.

—Basta que yo lleve el cigarro á la boca ó será preciso que le encienda? preguntó la viuda.

—Que le encienda, gritó Simon. Enciéndale el cigarro, ciudadano Toulan.

Este sacó del bolsillo de la casaca una tira de papel, la enrolló cuidadosamente, la encendió y se la alcanzó á la reina. Luego, tan pronto como el cigarro empezó á arder, apagó el papelito y lo arrojó en la mesa, en la apariencia por distracción.

—Viva! viva! exclamaron los municipales y Simon en coro, así que la reina se puso el cigarro de papel en la boca. El ciudadano Toulan es mucho hombre. Ha enseñado á fumar á la viuda Capeto.

—¿No les dije que la haría fumar? dijo Toulan con orgullo. Véanlo. La viuda Capeto ha obedecido nuestro mandato. Esto basta. No tenéis necesidad de fumar mas, madama. Reconoceis nuestro poder, hé aquí todo lo que se quería. ¿No es verdad que basta, ciudadano Simon?

—Por supuesto que basta, contestó este no poco envanecido con la deferencia. Nadie volverá á fumar en la antesala.

La reina con esto se quitó el cigarro de papel de la boca, le apagó y le guardó en el canastillo de su labor.

—Ciudadano Toulan, dijo ella, guardo este cigarrillo como prenda del compromiso hecho, y si vosotros volvéis á fumar aquí, os le mostraré.

—No parece sino que la Anstriaica duda de la palabra de los descamisados, exclamó Simon.

—Dejad que dude, ciudadano Simon, dijo Toulan volviendo á la antesala. La enseñaremos á respetar nuestra palabra. Tenéis la prueba de que no soy maestro malejo.

—Excelente! gritó Simon. Mereceis diploma, ciudadano, y si no lo llevais á mal, jugarémos una mano ó dos á los naipes con estos ciudadanos.

—Con mil amores, repuso Toulan. Espero que juguéis con los naipes nuevos que no tienen reyes ni reinas; porque os hago saber que no juego con los maldécidos antiguos.

—Ni yo, agregó Lepitre. Me hierva la sangre ver los antiguos naipes con los reyes y reinas coronados.

—Veo que sois vosotros republicanos hasta

el hueso, dijo Simon. En verdad, con vosotros se puede aprender lo que es descamisado.

—Descansad sobre eso, ciudadanos, dijo en esta sazón uno de los municipales. No tenemos naipes de tiranos: estos son los nuevos de la república. Ved, en vez del rey hay un descamisado; en vez de la reina una calce-tera (\*), y por la sota está el soldado Suizo; porque este era el instrumento de la pasada monarquía.

—Muy bien, dijo Toulan con aire de buen humor. Juguemos.

Tomaron todos asiento en torno de la mesa, y entre tanto la reina reasumió la costura en que poco ántes habian estado ocupadas las princesas.

Tras corto rato, luego que se concluyó el hilo con que cosía, María Antonieta levantó los ojos y miró á los hombres, quienes con la pipa en la mesa, sin usarla, estaban muy empeñados en el juego de naipes. Por entónces no era el aspecto de la reina tan sereno y grave como solia serlo, ni su voz al hablar conservó la sonri-ridad de siempre.

—Ciudadano Toulan, dijo, os ruego me devolvais la bola de hilo. Se me ha concluido y este traje necesita muchos remiendos.

—Todavía me hareis perder en el juego, madama, replicó Toulan volviéndose para ella con un gesto de impaciencia. ¿Qué decis?

—Os decia, ciudadano Toulan, que me devolvieseis el hilo.

—¿Ah! ¿La bola de hilo que me dió la chica Capeto? ¿Cómo! ¿No queréis que la conserve como recuerdo de la linda niña?

—Le necesito para remendar este vestido; dijo la reina con blandura.

—En proponiéndose estas muteres una cosa, se salen con ella. Aguardad, compañeros.

—¿Para qué se levanta el ciudadano Toulan? observó Simon. Podéis arrojarle la bola de hilo desde aquí.

—O lanzársela como una pelota; agregó Lepitre.

—Buena sugestion, exclamó Toulan. Jugaré á los bolos. Me pinto para ese juego. Mirad. Haré pasar la bola por entre las cuatro patas de la mesa y que pegue en el pié de la reina.

—No hay reinas aquí, gritó Lepitre con calor.

—Hablo del juego, ciudadano Lepitre. No os hagais el tonto. Mirad. No yerro.

—Veamos, gritó Simon. Soltad la pelota. Sacó entónces Toulan una bola de seda negra, la tomó entre los dedos pulgar é índice, y dijo:—Uno, dos, tres; y la lanzó á flor del suelo.

Siguieron todos atentamente el curso de la bola, que despues de pasar por entre las patas de la mesa, pegó en el pié de la reina y allí se detuvo. Ella la recogió con mucha calma y los hombres rieron á su sabor de la destreza del jugador de bolos.

\* Las verduleras y otras mujeres de la plebe tenían derecho á los asientos fronterizos en los tabladillos erigidos delante de la guillotina para presenciarse las ejecuciones. Mientras operaba la cuchilla tejian ellas calcetas, en las cuales hacian una marca cada vez que caía una cabeza en la cesta al pié del p-tíbulo. De modo que las medias les sirven como de calendario para recordar el número de personas ejecutadas. Por esto las llamaron las calceteras de Robespierre.

—El ciudadano Toulan es un mozo completo, dijo el zapatero pegando un puñetazo en la mesa para expresar mejor su delicia. Pero se me figura, añadió, que esta bola era mas grande que la otra.

—Puede ser, contestó Toulan sin embarazo. Porque se ensancha y engrandece todo lo que un verdadero descamisado lleva junto al corazon.

—Bien dicho! exclamó Lepitre. Pero oid, una proposicion. ¿No es duro jugar los naipes con las pipas apagadas?

—Por supuesto que lo es, dijo Toulan.

—Digo lo mismo; repitieron los demas.

—Pero tenemos que cumplir la palabra, ó de lo contrario creera la loba que los republicanos no son mejores de lo que eran los aristócratas.

—Sí, debemos cumplir la palabra, prosiguió diciendo Lepitre. Y por eso queria yo hacer una proposicion. Vamos á jugar al corredor. Podemos poner la mesa contra la puerta, de modo que estemos seguros de que nadie podrá entrar ni salir; y fumamos á nuestras anchas. ¿Qué dice el ciudadano Simon?

—Digo, que el plan es bueno y que debe ejecutarse. Vamos, ciudadanos, saquemos la mesa. Si los perros vigilan, no se escapa la zorra. Aquí fuera es mas agradable y no nos moriremos si no vemos siempre la cara de la viuda Capeto. Espero que pronto no habrá necesidad de guardia porque llevará el mismo camino que Luis.

—Y si no quiere, dijo Toulan riendo, que se vuelva águila y huya por la ventana.

Entre los cinco pasaron la mesa y los bancos de la antesala al corredor, y al soslayo Toulan y Lepitre echaron una mirada rápida á la reina, la cual seguia con disimulo el movimiento de los hombres. El último de los nombrados hizo mas, pues indicó la caja de madera al pié de la ventana. Toulan con un movimiento de los labios dijo,—mañana;—y en seguida todos salieron al corredor.

Paró la reina la respiracion y escuchó atentamente. Oyóse rodar los bancos y empujar la mesa contra la puerta y hasta la voz áspera de Simon que decia:—Pues que hemos puesto este gran candado, juguemos y fumemos.

Levantóse de pronto la reina, pasó al aposento, metió la mano por detras de la caja al pié de la ventana, sacó el hilo que allí habia deslizado Lepitre y con pasos y miradas recelosas volvió á su puesto primitivo. Aquí desdobló el hilo, el cual contenia un vestido sucio de muchacho, una peluca vieja y un sombrero usado de paño. Despues de examinar cada una de estas piezas con el mayor cuidado, las envolvió como estaban y las metió bajo el cojín ya flojo del divan, donde acostumbraba sentarse.

Entónces corrió á la alcoba, pero ántes de entrar, trató de reponerse y borrar lo mas que pudiera las huellas de su emocion, visibles en el rostro, no fuera que la mujer Tison la estudiase observando por detras de la puerta de cristal. En efecto, esta se hallaba en su puesto, podia verse su diabólico perfil á traves de la vidriera. Las princesas y el delfin, de miedo estaban acurrucados en un rincon.

—Mamá, dijo el niño, ¿se han ido los hombres malos?

—No los llames así, hijo mio, dijo María Antonieta. Estos hombres no hacen sino lo que les ordenan otros.

—Luego los otros son los malos, repuso el delfin con viveza. Sí, muy malos, porque hacen llorar tanto á mi querida mamá.

—No lloro por ellos, hijo. Lloro porque tu padre ya no está con nosotros. Piensa en tu padre, hijo mio, y no olvides que nos ha mandado perdonar á nuestros enemigos.

—Sí, sí, mamá, no lo olvidó. Cumpliré el juramento que le hice de no vengarme de nuestros enemigos.

—Hermana, dijo la reina despues de una breve pausa. ¿Quieres ayudarme? Tú que sabes remendar, enséñame. Vamos á la sala.

—¿Vamos nosotros tambien? preguntó el delfin. Teresa me ha prometido contarme un cuento, así quisiera quedarme aquí.

—Bien quédense, con tal que Teresa cuente el cuento. Dejaré la puerta abierta para que podamos verlos.

Diciendo esto la reina volvió á la sala, seguida de su cuñada.

—¿Qué es esto? preguntó la infanta Isabel luego que vió la antesala desierta y la puerta del corredor cerrada.

—Esto es obra suya, Isabel, obra del noble y fiel Toulan. Para sacar á la canalla de ahí ha representado una farsa completa. Ah! Nunca podré pagarle tantos favores.

—Rogáremos al cielo le libre de todo mal; dijo la piadosa Isabel. ¿Pero y la bola de hilo?

—La bola de hilo que se le cayó á Teresa, la guardó y en cambio me ha dado otra. Aquí la tengo. A la noche la desarrollaremos y veremos qué contiene. Aquí hay ademas otras cosas importantes que debemos examinar. Ves? Esta tira de papel quemada por la punta y este cigarrillo. Alerta, pues, no sea que nos sorprendan.

Luego volvió al umbral de la alcoba y preguntó:—¿Me oyen Vds., hijos míos? Contesten con la cabeza. Bueno. Si entra Tison, hablen alto y pronuncien su nombre, para que oigamos nosotras aquí. Ahora bien, hermana mia, prosiguió tornando á la mesa, veamos qué dice Toulan. La tira de papel primero.

La desdobló procurando no romper mas el extremo carbonizado.

—Es una carta de Jarjays, prosiguió ella diciendo y leyó á la carrera:—He hablado con el noble mensajero que me enviasteis con una carta. Me presentó el plan y lo apruebo en todas sus partes, estando listo á emprender cuanto se exija de mí, en bien de aquellos á quienes pertenece mi vida, mis bienes y mi sangre y que jamas tendrán motivo para dudar de mi lealtad. El *fiel* llevará mañana lo que sea necesario y hará las explicaciones del caso.—J. Veamos ahora el cigarrillo, dijo la reina, á lo cual repuso la infanta Isabel.

—Rompamos ante todo la carta.

—No, no, dijo la reina. La Tison encontraría los pedacitos de papel y sospecharía. Le esconderé en el bolsillo y le quemaré á la noche. El cigarro ahora.

—¿Un cigarro de papel? preguntó la infanta.

—Sí. Lee por fuera.—Abrid con cuidado. Y con mucha precaucion procedió María An

tonieta á quitar el forro delgado de encima. Debajo habia otro rollo de papel, escrito con letra muy menuda, difícil de leer.

—¿Qué es eso? preguntó la infanta impaciente.

—Mira! contestó María Antonieta con apagada sonrisa: Plan para la fuga de la familia real. Apréndase de memoria y quémese. ¡Ay! Hermana mia, ¿crees posible nuestro escape? Oyóse fuera á la sazón la voz áspera del zapatero que cantaba:

A su vez ella subirá  
No se sabe cuándo; sin duda  
Madama Veto danzará.

Se estremeció la reina y madama Isabel oró en silencio.

—Ya oyes la respuesta, hermana mia, que el descamisado da á mi pregunta. Bien, pero mientras tengamos aliento tratemos de salvar la vida de Luis XVII. Leamos, sin embargo, el plan de Toulan para nuestra fuga.

## CAPÍTULO XXII.

### EL PLAN DE FUGA.

MARÍA ANTONIETA y madama Isabel, escucharon atentamente por un rato y cuando Simon empezaba la segunda estrofa de su caucion macarrónica, desdoblaron el rollo de papel y lo extendieron con mucho cuidado delante de ellas en la mesa.

—Lee tú, hermana mia, dijo la reina. Mi vista es mala y ademas me dueñen los ojos. Por otra parte las palabras me hacen mas impresion cuando las oigo que cuando las leo.

—Plan de fuga; empezó leyendo la infanta en voz baja. La reina y la princesa Isabel se vestirán de hombre. Ya están en su poder los vestidos, que T. y L. han ocultado en los cojines y colchones pocos dias há. Ademas, la reina recibe hoy un traje usado de muchacho, peluca y un par de zapatos rotos. Estos son para el delfin y para madama Real. Y si se examinan atentamente esas cosas se verán que son copia exacta de los vestidos que llevah los niños que acompañan siempre al sota despabilador de la torre y que le ayudan á encender los faroles. Esto por lo que hace á los trajes, por lo que toca al plan de fuga, —mañana á las seis de la tarde, los niños se cambiarán sus vestidos en la torrecita inmediata al aposento de la reina; y allí disfrazados de esta manera, permanecerán hasta que alguien dé la señal y los llame, pues se sabe que ese es sitio donde jamas entran Tison y su mujer. T. y L. arreglarán de modo que esten de guardia otra vez mañana en la torre. A las siete de la noche T. dará un polvo de que son muy afectos, á la dragona Tison y á su marido. Este polvo les hará dormir por siete horas seguidas como troncos, y en ese espacio de tiempo bien podrá hacerse lo demas....

—Espera un poco, dijo la reina á la lectora. La cabeza se me va y el corazon me late fuertemente, como si estuviéramos poniendo en ejecucion el plan. Se me figura que en la oscuridad de la espantosa noche que nos rodea, un rayo de luz asoma de léjos y me deslumbra. ¡Ah! Hermana mia, ¿crees posible que escapemos de este infierno?

—Lo creo firmemente. Depende de Dios, sin embargo, que escapen nuestros cuerpos ó solamente nuestras almas. Si fallamos, nos matan de seguro. ¡Ah! mi noble reina y hermana, roguemos á Dios nos dé valor y constancia para esperar en él y conformarnos á su voluntad.

—Sí, hermana, oremos; contestó la reina cruzando las manos y doblando la cabeza sobre el pecho. Continúa la lectura ahora; agrego despues de una buena pausa en que pudieron oirse las risotadas de Simon y sus amigos en el corredor.

Tan pronto como Tison y su mujer se rindan del sueño, prosiguió leyendo la infanta en el tono de ántes, la reina y su cuñada se disfrazarán segun se les ha indicado. Sobre las ropas de hombre se echarán las capas que les llevó ayer T. y que servirán para mejor disfrazarlas. Debe tenerse especial cuidado que se asemen por debajo de las capas los cabos de las fajas de los comisarios que L. llevó ayer junto con las papeletas de entrada. Así disfrazadas, las dos señoras no encontrarán dificultad en pasar por delante del centinela, á quien enseñarán la papeleta, sin dejar de hablar con L., salir del Temple é ir con su guía á la calle de Conderie, donde esperará J., para llevar las señoras á otra parte.

—Pero no se dice palabra de los niños, observó la reina. ¿No nos acompañarán? No es posible que esperen que yo deje este funesto sitio quedándose en él mis hijos. ¿Qué se hará con ellos?

—Pronto lo sabrémos. A las siete (leyendo), así que se mude la guardia, un hombre en traje de sota despabilador, con alcuza en la mano, se presentará á la puerta del Temple, llamará en alta voz y pedirá que se permita salir á sus hijos que han tenido á su cuidado la farola. Con esto, T. bajará al delfin y á madama Real en su disfraz y se los entregará al supuesto despabilador, rependiéndole por su descuido en dejar á sus hijos el cuidado de la farola. Hé aquí el plan de ejecucion fácil si se siguen al pié de la letra todas las advertencias. Se pasarán siete horas ántes que se eche de ver la fuga y en ese tiempo y con los pases que ha conseguido J., bien puede ponerse en salvo la familia real. Hallará ropas sencillas de ciudadanos, en una casa donde la llevará T. despues de su salida del Temple. Sin ningún aparato y acompañada por J. y T. llegará á No. maudá, donde un paquebote, brindado por un inglés amigo, estará listo para trasportarla....

—Buenos dias, madama Tison! gritó el delfin á todo su torrente. ¡Buenos dias mi querida madama!

A toda prisa madama Isabel se metió el papel en el seno y María Antonieta apenas tuvo tiempo de ocultar la bola de hilo en el bolsillo del vestido, cuando la Tison se presentó en la puerta y con sus ojos de linee miraba de pies á cabeza, ya una de las señoras, ya la otra.

Advirtió sin esfuerzo, que María Antonieta no desplegaba la serenidad de su natural alivio, y que las pálidas mejillas de Isabel estaban extraordinariamente animadas.

—Algo ocurre, pensó la espía. ¿Qué significa que hoy no están los comisarios en la antesala y dejan estas mujeres solas para que charlen y enreden á su sabor? Madama ha es-

tado leyendo, agregó alto hablando con la infanta; y mientras hablaba sus ojos y sus dedos tocaban cuanto objeto habia en la mesa. Sí, madama ha estado leyendo. Oí el ruido del papel. Lo extraño es que no veo libro.

—Os equivocais, repuso Isabel. No hemos estado leyendo, sino cosiendo. Pero suponed que leíamos; ¿hay algun mal en ello? No existe ley que lo prohíba.

—No, contestó la Tison, no... Solo que es extraño que se haga ruido con papel, cuando no hay papel ni libro. Poco importa... Las señoras tienen derecho á leer, nadie lo niega... Es preciso darse por satisfecho.

Dicho lo cual, salió oliscándolo todo y sujetando el mas oscuro rincon de la sala al exámen minucioso de sus escrutadrecres ojos.

—Veamos qué casta de comisarios tenemos hoy aquí: murmuraba ella saliendo al corredor por la puerta lateral. No me sorprenderia que Toulan y Lepitre están de guardia, porque siempre que ellos dos... ¡Tate! exclamó alto mirando á lo largo del corredor. ¿No lo dije? Hé ahí los dos gánzapiros. Voy á ver qué dice sobre eso la mujer de Simon.

Deslizóse por la escalnata abajo, y por la puerta abierta de par en par entró en el cuarto del portero. La mujer de este, una de las calceteras mas feroces, hacia poco que habia vuelto de la plaza de la Revolution y se hallaba en su silla de paja muy ocupada en contar las vueltas de una media de algodon larga.

—¿Cuántas cabezas hoy? le preguntó la Tison.

—No merecia la pena de contarlas; contestó la calcetera sacudiendo á espacio la cabeza, que cubria una papalina blanca de vuelos. No trabaja la máquina. Parece que los jueces se pasan la vida papando moscas. Figúraos, ciudadana Tison, que solo se han despachado hoy cinco carretas, cada una con siete personas escasas.

—¿Qué dice, ciudadana Simon? Treinta y cinco cabezas solamente? Dia perdido.

—Sí, la miseria de treinta y cinco cabezas y para eso nos hicieron aguardar todo el dia, Treinta y cinco. No da mas la cuenta. Así resulta de las vueltas de las medias que he estado tejiendo en las gradas al agua y al frio. No trabaja la máquina, repito, ciudadana Tison, ni vale la pena ir allá.

—Es preciso que se mueva, dijo la Tison con expresion feroz. ¿Qué hace el ciudadano Marat? El ciudadano Simon es preciso que vaya á verle y le diga que la cosa va mal como va, que sus amigos las calceteras, vos y yo, y la otra y la de mas allá, no están satisfechas, y que si se descuidan, las mujeres se levantan y llevan á todos los hombres, excepto los buenos ciudadanos, á la guillotina. Que se meneen los descamisados y se meneará la máquina, como es debido.

—Que se meneen es lo que yo digo; agregó la Simon poniendo en movimiento las agujas de calceta. Yo misma hablaré al ciudadano Marat, que no tengo pepita en la lengua, ni me meten miedo los grandes hombres. Le hablaré, le entusiasmaré y ya verá la ciudadana Tison si se aumentan ó no las carretas y si caen como piedra las cabezas en la canasta. Ojo avisador, ciudadana, y no haya miramiento con los sospechosos.

—No me duermo nunca en las pajas, repuso la Tison riendo. De léjos huelo yo los traidores. Y sin ir mas distante, ¿teneis confianza, ilustre ciudadana, en esos dos comisarios Toulan y Lepitre? El diablo me lleve si son lo que aparentan.

—Maldita la confianza que tengo en esos pájaros, contestó la Simon jugando entonces las agujas con nerviosa rapidez. Yo no me mamo el dedo, ni nací ayer, ciudadana; y en estos tiempos no hay que fiarse de nadie, ménos que todo en los que manifiestan gran deseo de vigilar la Austriaca. El verdadero republicano, vos lo sabeis ciudadana, desprecia la aristocracia y se hastia de ponerse en contacto con ella. Toulan al contrario, no se halla sino cerca de semejante broza. Esperad, Veamos cuántas veces ya han estado de guardia este mes Toulan y Lepitre.

Sacó un librito de memoria del ridículo que por una gasa negra del mugre, colgaba de su brazo membrudo y seco.

—Hé aquí, la cuenta exacta; dijo hojeando el libro. Hoy estamos á 20 de febrero y han entrado de guardia una, dos, tres, cuatro... ocho veces. Es decir, tres veces mas de lo que debian en el mes; porque la obligacion es servir la guardia una vez á la semana en el Temple. Y es que mi marido es tan estúpido y ciego, que cree al parlanchin de Toulan cuando viene y le dice:—No me hallo sin el ciudadano Simon. A mí que no vengan con semejante paliq. Está por nacer el que me eche tierra en los ojos.

—Ved, ciudadana Simon, y es que hoy no hacen la guardia en la antesala, sino fuera, en la meseta de la escalera. Entre tanto la puerta de la sala de la viuda Capeto está cerrada y ella á sus anchas y enteramente sola.

—¡Sola! exclamó la calcetera furiosa, con cuyo motivo chocaron las agujas de tejer, oyéndose claramente el retintín del acero. Sin embargo, añadió con mas calma, mi marido no tiene toda la culpa. Toulan es el culpable, con su charla y su labia ha engañado á los comisarios y los ha alejado de su puesto. No creo que ha obrado por malicia, sino por compasion hácia la Austriaca, y esto basta y sobra para hacerle sospechoso y para que se le denuncie y castigue. Si, es necesario ponerle la mano encima. Fuera, fuera del Temple con los tales blandos de corazon. ¿Están todavía en el corredor, decis?

—Sí, ahí se estan jugando á los naipes, fumando, charlando y cantando, mientras la loba con su cria se halla sola y se hallará así por dos horas mas, pues hasta entónces no se cambia la guardia.

—Claro, claro que sí, repitió la calcetera con las narices aventadas de furor. Ahí se pasarán la vida, mi marido con tamaña boca abierta, oyendo las zalamerias de esos dos bribones. Ciudadano Simon para acá, ciudadano Simon para allá... Picardías! Os juro, ciudadana, que le sacaría los ojos á los embaucadores con estas agujas y me quedaría tan fresca... Esperad, esperad. Cada cosa á su tiempo. ¿Queréis ocupar mi puesto aquí por media hora? Tengo una comision importante, muy importante que desempeñar.

—Es una honra, repuso la Tison, honra grande sustituir á una persona tan conocida y res-